

JUAN SOLTERO

Juan es soltero, cosa que no es tan importante, aunque sí notorio para un hombre de su edad. Ya había cumplido los 42 años y todavía no se decidía a contraer nupcias. Y no es que le tuviera miedo a las mujeres o que no le gustaran. Claro que le gustaban, y mucho. Lo que sucedía es que él exigía que la mujer con la que se fuera a casar fuera virgen, y eso no es tan fácil de conseguir en esta época y menos en una mujer que le correspondiera por su edad, o sea una mujer treintona. Ya todas estaban usadas. Además cómo saberlo. Ni modo de andar preguntando a todas si son vírgenes. Lo más seguro es que o se enojaran o contestaran que por supuesto lo eran. Cosa que de seguro es mentira.

Esto de la virginidad se lo inculcaron en su familia. Una mujer que no lo es no sirve para ser madre de sus hijos. Su madre, tan querida por él, fue lo último que le dijo antes de morir. Fíjese bien, hijo, y cácese sólo con una mujer pura, una mujer que no haya tenido tratos con hombres. Si no lo hace así lo voy a maldecir desde el cielo. Después cerró sus ojos para siempre.

Juan aparte de exigir virginidad a las mujeres es un buen hombre: es honrado y trabajador y de buena apariencia. Una característica tiene por lo que es muy apreciado en su pueblo. No acepta las injusticias. Cualquiera que haya, él es el primero en luchar contra ella. Se ha enfrentado al cura, al presidente municipal, al maestro, ya no se diga al tendero o al que trae la carne cada semana. Con alguno se ha liado a golpes.

Un día, siendo muy joven, se dio cuenta de una injusticia que él no iba a permitir. A la única que se le exige virginidad es a la mujer. Nunca al hombre. En ese momento juró ser virgen hasta que se casara. Los dos coludos o los dos rabones, solía decir a sus amigos. Todos reían de él cosa que no le importaba.

Llegó una enfermera al pueblo, era joven, bonita y al parecer muy reservada y hasta tímida. Juan se enamoró de ella. Seguro de su virginidad le pidió que se casara con él. Ella accedió. Fueron a la capital de luna de miel.

En la noche, por falta de experiencia, él se mostró muy torpe, no pudo hacer el amor. La mujer empezó a molestarse y a preguntarle que qué le pasaba, que si era maricón o qué. Él le contó su historia, sobre todo lo de su virginidad. Ella soltó una carcajada. ¿Así que eres quinto? No me digas que quieres que te enseñe. Eres el primer

hombre con el que estoy que no sabe que hacer en estos casos y mira que ya han sido muchos. La mujer tomó sus cosas y se marchó del hotel. Le dijo que hiciera lo que quisiera, que no se iban a volver a ver.

Juan regresó al pueblo. Se volvió un ser amargo y solitario. Todas las noches se repetía eso de que no hay quinto malo y él si lo fue.

Tomás Urtusástegui

Enero 2007